

# El reino de los vientos

Eugenio Martín Rubio

*“Lado sea, mi Señor, por el hermano Viento, y por el aire, y por el nublado, y el sereno, y todo el tiempo” –Francisco de Asís–*

Para navegar hacen falta los cinco sentidos y no sólo en sentido figurado. Pero unos sentidos más que otros.

El **olfato** por ejemplo, hay que tenerlo para muchas cosas, no es imprescindible para un navegante. Quizá para oler una pequeña fuga de gas en la cocina, el excesivo calentamiento del motor, para detectar un alimento en mal estado, evitando una intoxicación y, desde luego, para sacar a tiempo los alimentos del fuego, cuando empieza el característico olor a socarrado.

Luego puede intervenir el **gusto**, tan necesario para gozar de una buena refacción, en la etapa post-navegación y también en la anterior.

El sentido de la **vista** es muy importante. Hay que escudriñar las cartas, derroteros, instrumentos de navegación, los partes meteorológicos (de los que me cuido muy mucho de llamar ambiguos), mirar el cielo, las nubes, el horizonte, aquel barco que viene a rumbo de colisión. También hay que tener mucho ojo a la hora de fondear en una cala o atracar en el pantalán.

Aunque para navegar se necesita mucho **tacto** en el sentido figurado, el tacto como sentido corporal nos hace distinguir el comportamiento del barco en la caña, la tensión de una vela, de una escota.

Los impacientes dirán que no hemos entrado en el reino de los vientos, que nos da título y cobijo. Por fin llegamos al, para mí, más importantes de los sentidos a la hora de navegar por los mares plácida o borrascosamente: el **oído**. El susurro del roce del barco sobre el mar, empujado por una ligera brisa, nos embriaga. **El viento se oye**. También se oye el rugido intermitente del quemado y otras cosas desagradables, que como el rugir tienen un g: desgarrar, golpe, grito. Sí, el viento se oye.

Ya inmersos en el reino de los vientos, podíamos empezar un meticuloso y concienzudo estudio de ellos. Pero en realidad lo yo os pueda decir lo sabéis ya o lo podéis leer en libros buenos o muy buenos cuyos títulos y autores todos o casi todos conocéis.

Con un poco de imaginación podemos pensar que en el reino de los vientos hay un pequeño harén en el que se encierran los vientos “femeninos”. Los vientos flojos, débiles o suaves, que se oyen como un murmullo, tienen todos, ¿será casualidad?, nombres femeninos, comenzando por el viento más ausente y aterciopelado, la calma. Y las veleidosas y coquetas ventolinas, las frívolas y mudables brisas, las apacibles bonanzas. También hay en el harén, aparte de los eunucos virazones y macareos, algunos-algunas marimandonas, como la cántabra galerna, que se alimenta de sardinas pero huele a manzanas y sidra, o como la hombruna y hercúlea tramontana, que derriba árboles en el Ampurdán, con sus hachazos y desarbola barcos menorquines. Estos vientos “femeninos” son los auténticos amigos de los iniciados que deben buscar su amistad y confianza, sin olvidar (perdón señoras, señoritas) la fama a veces veleidosa y frívola de tan adorable condición femenina.

Los vientos “masculinos” son otra cosa. Para empezar podemos decir de ellos que hay que dividirlos, a escala terrestre, en dos grandes bandos o reinos: los vientos de

Poniente y los vientos de Levante. Los de Levante, que habitan en las zonas tropicales y aunque levantadizos como su nombre, conviven con razas negras y árabes, y por lo común son hospitalarios y persistentes: Los Alisios. Pero a veces la paz y serenidad de Alá se retuerce como una gumia o alfanje, y el siroco y el harmatán se desbocan mascando arena que llega a nuestras luminosas costas mediterráneas, tiñéndolas de barro ocre rojizo o coceando nubes de langosta hasta las mismas islas Afortunadas. También en ese reino meridional, en la extensa corriente de los alisios, anidan a veces los nidos de víboras más peligrosos: ciclones tropicales, huracanes, bagios, tifones, Willy-willys, ciclones de Bengala, de Arabia o Madagascar. Por suerte, estos piratas soplan lejos de nosotros y solo tenemos como muestra pequeños bonsáis en forma de tolvaneras, trombas y tornados veraniegos, relativa y fácilmente evitables.

Pero en el reino de los vientos los verdaderos amos están más al Norte, en latitudes habitadas por razas blancas y amarillas. Son los Ponientes, los vendavales, los Vándalos del Oeste, auténticos señores feudales que barren los océanos y continentes, y que, además, cosa curiosa, no lo hacen a contrapelo del movimiento del giro de nuestro planeta, que es a izquierdas, en el sentido contrario a las agujas del reloj, visto desde el cénit del Polo Norte.

Parecería lógico que los vientos dominantes en latitudes medias, los ponientes, altivos y soberbios, soplasen desmelenados en el sentido contrario al de la Tierra, en lugar de galopar a más velocidad que el suelo, por las cotas más altas de la Escala de Beaufort, en dirección al sol naciente, contrariamente a los dóciles y constantes Alisios, esclavos de la fuerza de Coriolis, los vientos del Oeste no se dejan arrastrar.

Los Ponientes avanzan por mares y llanuras en un organizado ejército. Primero, por la derecha, los Sudoestes, con avanzadillas de fresquitos, frescos y frescachones, bajo un dosel de nubes estratificadas; en vanguardia los helados, ganchudos, filosos o emplumados cirros; luego las centurias de altostratos y estratocúmulos en falanges cada vez más cerradas, finalmente los cohortes de nimbostratos, con grandes ubres y mammatus cargadas de lluvia o nieve aplastándose cada vez más, cerrando el horizonte con celliscas, ventiscas y cegadores gránulos de hielo. Los aullidos del temporal arbolan el mar y derriban árboles... De pronto, suena un trueno, se rasga el plúmbeo dosel nuboso y un cegador relámpago deja ver un retazo de cielo azul, al tiempo que saltan en estampida los Noroestes, fríos y racheados, arrastrando enormes torres de cumulonimbos, la más formidable máquina de guerra del nuevo invasor, el ala izquierda de los ponientes.

Con esto terminamos, deseando la paz anticiclónica a los hermanos Patrones y a los de la Orden Tercera, principiantes y simpatizantes.